

ANTES DE DESAPARECER

HAY LUGARES QUE NO FIGURAN EN LOS MAPAS.
PERO QUE SIGUEN VIVOS EN QUIENES LOS RECUERDAN.



BASE DE DATOS DE PUNTOS DE INTERÉS

📍	Neumáticos San Isidro	INACTIVO
📍	Fuente del Camino	INACTIVO
📍	Bar El Cruce	INACTIVO
📍	La Pinilla	REVISIÓN PRIORITARIA
📍	Casa del Río	INACTIVO
📍	Talleres Ortega	INACTIVO
📍	Antigua Panadería	INACTIVO

LA PINILLA

Categoría: Núcleo de población
Estado sugerido: INACTIVO
Motivo: Sin actividad verificable



Última actualización:
HACE 7 AÑOS

Autor: M. Sánchez

MANTENER

ELIMINAR

Si no hay actividad verificable, se elimina.



XAVIER DUEÑAS

Antes de leer

Hay lugares que desaparecen mucho antes de dejar de existir.

Un pueblo puede seguir teniendo casas, una fuente, geranios en una ventana, alguien sentado junto a una puerta.

Puede seguir habiendo una sábana tendida, humo saliendo de una chimenea, una persona que espera una ambulancia. Y, sin embargo, basta con que deje de aparecer en determinados registros, que nadie actualice una fotografía o confirme un camino, para que poco a poco empiece a quedar fuera del mundo que consultamos antes de movernos por él.

Antes de desaparecer nació de esa inquietud.

Vivimos rodeados de sistemas que clasifican, ordenan, recomiendan y descartan. Nos facilitan enormemente la vida, pero también nos acostumbran a confiar en una idea aparentemente sencilla: si algo no aparece, quizá ya no exista; si nadie lo registra, quizá haya dejado de importar.

Quise llevar esa lógica hasta un lugar pequeño, casi olvidado, y enfrentarla con algo que ningún algoritmo sabe medir del todo: la persistencia de una vida.

Porque tal vez desaparecer no consista únicamente en dejar de estar.

Tal vez también empecemos a desaparecer cuando dejamos de figurar.

Antes de desaparecer

A las nueve en punto, la luz del techo ya estaba encendida como si fuera mediodía. No era una luz amable: borraba las sombras y dejaba todo a la vista. Laura se sentó, dejó el bolso bajo la mesa y empujó el vaso de bolígrafos para hacerse sitio. El teclado estaba tibio.

En la pantalla, la cola de revisión bajaba en vertical: nombres con un pin, un reloj, un aviso. Abrió el primero sin pensar demasiado. La ficha se desplegó con sus pruebas: una foto vieja, una llamada sin respuesta. Abajo, dos botones: MANTENER y ELIMINAR. Entre ambos, la frase de siempre, gris y exacta:

Si no hay actividad verificable, se elimina.

“Neumáticos San Isidro”. Persiana a medio bajar. “Cerrado por vacaciones” desde hacía más de un año. Vista de calle: polvo en el cristal, teléfono que nadie cogía. Laura marcó inactivo y pulsó ELIMINAR. El sistema le pidió confirmación. Ella confirmó.

La lista se reajustó sin dramatismo. Un nombre desapareció y el siguiente ocupó su lugar, como si el mapa tuviera prisa.

Laura tomó un sorbo de café. Tenía sabor a café recalentado, a máquina cansada.

El caso siguiente era “Fuente del Camino”. Pin azul. Punto de agua. Última foto: hacía siete años. El caño metálico, el pilón con hojas secas... y, en una esquina, la punta de una bota. Apenas un fragmento, como si alguien hubiera quedado fuera del encuadre por accidente.

No debería significar nada, se dijo. Una bota no es actividad verificable.

Aun así, abrió el historial: añadido por usuario, una fecha, un nombre cualquiera. Volvió a la foto. En el borde del pilón había una mancha oscura. Sintió un leve nudo en el estómago, incómodo, como si hubiera leído algo mal. El cursor parpadeó sobre ELIMINAR, obediente.

Cerró la ficha y siguió.

Antes de desaparecer

Lo demás fue un montaje sin música: abrir, mirar, decidir. Clic. Confirmación. Clic. Siempre la misma frase. Sin actividad verificable. A veces quedaban restos: un cartel torcido que prometía volver en cinco minutos desde hacía años, dos sillas apiladas, una persiana a medio bajar. Laura borraba con una precisión que ya no parecía suya, sino del puesto, del turno, del día.

Un contador pequeño en la esquina de la aplicación subió y se tiñó de verde: Productividad: 11/15. En la mesa del supervisor, al fondo, otra pantalla repetía gráficos con barras.

Cuando levantó la vista, el café estaba casi frío. No supo cuánto tiempo había pasado hasta que el dedo se le quedó suspendido un segundo más de lo normal.

En la cola apareció un nombre que no debía estar allí. O no con esa facilidad.

La Pinilla.

No era un negocio. Era un lugar. El suyo.

Laura sintió algo brusco en el pecho, como cuando el ascensor se detiene antes de llegar al piso. Hizo clic.

La ficha se abrió con la misma neutralidad que las demás. Categoría: núcleo de población. Estado sugerido: inactivo. Motivo: Sin actividad verificable. Debajo, un aviso en gris más oscuro: Revisión prioritaria.

A la derecha, el satélite: un puñado de tejados claros, calles dibujadas con lápiz. Amplió. Reconoció distancias: de la fuente a la esquina, del bar al banco de sombra. El cuerpo lo supo antes que ella.

Bajó a “Fotos”. Colores lavados: una fachada con macetas, un banco de piedra, la entrada del pueblo con la placa del nombre tomada de cerca, como si quien la hizo hubiera querido que se leyera bien.

Pasó a “Reseñas”. Pocas y envejecidas: Tranquilo. No hay cobertura. Se come bien en el bar. La última tenía un corazón al final.

Abrió “Historial”. La última actualización era de hacía años: una tilde, una foto añadida.

Autor: M. Sánchez.

Laura se quedó mirando esas dos palabras más de la cuenta. Le pasó una cocina sin fecha: la radio encendida, alguien diciendo “llama a Manolo” con la naturalidad de quien pide sal. Notó la mandíbula tensa.

El cursor parpadeó sobre ELIMINAR.

Antes de desaparecer

Cerró la ficha sin confirmar nada y volvió a la cola. Abrió otro nombre. Miró dos fotos. Leyó un aviso. Marcó inactivo. Se dio cuenta entonces de que estaba fingiendo.

Minimizó la aplicación. Se levantó con el vaso de café en la mano y caminó hasta la mesa del supervisor. Se quedó allí un segundo, como si hubiera olvidado una palabra sencilla.

—Necesito mañana libre —dijo al final.

El hombre alzó la vista, sorprendido de oírla.

—¿Mañana? ¿Pasa algo?

Laura podría haber dicho la verdad, pero no era una verdad que cupiera en esa oficina.

—Un asunto familiar.

Él miró su monitor un momento.

—Vale. Mándamelo por correo. Y no bajes el ritmo, ¿vale?

Laura asintió y volvió a su mesa. Apagó el ordenador. El fluorescente siguió encendido igual, indiferente. Al salir, el aire de la calle le golpeó con un calor sucio que olía a asfalto.

En el coche, apoyó el móvil en el soporte y abrió el mapa. Escribió “La Pinilla”. El sistema tardó un momento y le ofreció opciones con nombres parecidos. Eligió la que conocía, aunque no estaba segura de que existiera todavía en la pantalla.

La ciudad se fue quedando atrás. Tomó un desvío con letras descoloridas sin pensarlo, como si el cuerpo recordara antes que la aplicación. El GPS recalculó.

—Gire cuando sea posible —dijo la voz, sin paciencia.

Más adelante, el mapa se quedó quieto un segundo. En la parte inferior apareció un mensaje:

“Sin ruta”.

La flecha que marcaba su coche seguía avanzando sobre un fondo gris, sin caminos, sin nombres.

Laura apretó el volante y siguió. No iba a pedir permiso a un mapa para llegar a un sitio que ya conocía de otra manera.

El asfalto se interrumpió en parches. A los lados, la tierra estaba seca; alguna mata verde resistía junto a una acequia sin agua. El móvil insistía en recalcular, como si buscara un argumento para que ella se diera la vuelta.

Antes de desaparecer

Al doblar una curva, el pueblo apareció sin anuncio: casas bajas, tejados, una plaza pequeña donde el sol caía a plomo.

Laura bajó la velocidad. El motor sonaba demasiado fuerte. Muchas persianas estaban bajadas. Algunas puertas, con candados. En una fachada, el yeso caído dejaba ver ladrillo. En otra, un cartel descolorido: “Se vende”.

Pero había cosas que contradecían el abandono. En una ventana, geranios rojos. En un tendedero, una sábana que se movía despacio, respirando. Detrás de un muro, un hilo de humo subía recto.

Aparcó junto a la plaza. Caminó sin rumbo fijo, siguiendo una sombra mínima. El banco de piedra seguía allí, gastado. La fuente estaba seca, pero el pilón conservaba la mancha oscura en el borde. La misma de la foto, ahora en otra luz.

Entonces lo vio.

Un hombre mayor estaba sentado en una silla de anea junto a una puerta entreabierta. Gorra vieja, manos sobre las rodillas. No se levantó. La miró como se mira algo que llega tarde pero llega.

Laura se detuvo.

—Buenas.

—Buenas.

—¿Buscas a alguien? —preguntó él.

Laura tragó saliva.

—No esperaba encontrar a nadie.

El hombre ladeó la cabeza.

—Tú eres de la casa de los Serrano.

El apellido le tocó un sitio que Laura no había preparado.

—Sí.

Él asintió despacio.

—Hace años que no venía nadie de los Serrano.

Miró la plaza, el banco, la sombra mínima.

—¿Has venido a vender la casa?

Antes de desaparecer

Laura negó. —No.

El hombre sostuvo la mirada un segundo más.

—Yo también pregunté por vender —dijo—. Para irme.

Laura levantó la vista.

—¿Y?

—No se compra lo que se cae.

Abrió un poco más la puerta.

—Pasa. Aquí fuera no se habla bien.

Dentro olía a jabón, café recalentado y madera vieja. La luz entraba por una persiana medio subida. Señaló una silla. Laura se sentó con el bolso en el regazo. Él se sentó enfrente, despacio.

Hubo un silencio.

—Trabajo con mapas —dijo Laura al fin—. Me salió el pueblo.

Se detuvo un segundo.

—Para verificarlo.

El hombre no pareció sorprendido.

—Claro —dijo—. Aquí no llega nadie si no se pierde.

Laura sacó el móvil. La pantalla pareció demasiado brillante allí dentro. Se lo mostró: el nombre del pueblo, el aviso en gris.

—Si no hay señales, si nadie responde... el sistema deja de mostrar rutas.

—No desaparece —añadió Laura—. Pero deja de figurar como destino.

El hombre miró hacia la ventana.

—Ya.

Laura bajó la pantalla.

—El último cambio lo hizo alguien llamado M. Sánchez.

El hombre dejó salir una sonrisa mínima.

Antes de desaparecer

—Mi hermano. Manolo.

—No te voy a pedir milagros —dijo luego—. Pero no lo dejes fuera.

—¿Por qué?

Señaló con la barbilla hacia fuera.

—Una vez la ambulancia se perdió. Dio vueltas. Aquí no salíamos en su aparato. Llegó tarde.

Lo dijo sin énfasis, como quien habla del tiempo.

—Pon el camino —añadió—. Que figure.

Laura apretó el móvil.

—Si pongo un acceso transitable y alguien se fía... con lluvia, con barro...

El hombre la miró fijo.

—También mienten los mapas cuando no muestran lo que existe.

Guardó silencio un segundo.

—Y luego pasan cosas.

Se pasó la mano por la rodilla.

—No lo pintes bonito —dijo—. Con que estemos, vale.

Laura guardó el móvil sin apagarlo del todo. Al salir, el calor olía a humo y a ropa secándose. La sábana seguía respirando.

No se quedó mucho más. No por prisa, sino por respeto: como si alargarlo lo volviera menos cierto.

En el coche, la pantalla seguía en gris. Aun así, la flecha la obedeció cuando puso primera.

Cuando recuperó cobertura, el teléfono vibró con notificaciones. Laura las apartó. Abrió la aplicación del mapa. Buscó “La Pinilla”.

La ficha tardó un segundo más de lo normal en cargar.

Apareció el aviso en gris, intacto: Sin actividad verificable. Abajo, los dos botones: MANTENER y ELIMINAR.

Antes de desaparecer

Laura apoyó la cabeza un instante contra el reposacabezas. Podía cumplir y volver a su vida. Podía no cumplir y llevarse la grieta a la oficina. Y podía, además, escribir algo que otros usarían como promesa.

Pensó en el cartel torcido. En el humo recto. En los geranios. En la ambulancia dando vueltas. En las señales que el sistema no sabía leer.

No tocó ELIMINAR.

Entró en “Editar”. Añadió un punto nuevo: Acceso transitable. Dudó. Escribió debajo: Transitable en seco. Precaución con lluvia.

Subió una foto desde la carretera: el desvío sin señal, el asfalto parcheado, el paisaje seco sin nombre. En “Servicios”, añadió Fuente (estructura). No puso “activa”. Puso “existente”.

El sistema pidió confirmación.

Laura respiró hondo y pulsó.

La pantalla respondió con un mensaje pequeño, sin emoción:

Cambios enviados. Pendientes de revisión.

Derechos de autor

© 2026 Xavier Dueñas

Todos los derechos reservados.

Este texto puede compartirse y circular libremente siempre que se mantenga íntegro, se cite al autor y no se utilice con fines comerciales.

Para usos editoriales, educativos o de adaptación, contactar al autor a través de su página web:

<https://xavierduenas.es>